

MAG. JOHN JAMES GÓMEZ GALLEGO

[...] Ser psicoanalista es, sencillamente, abrir los ojos ante la evidencia de que nada es más disparatado que la realidad humana.[...]

J. Lacan. Seminario 3. Clase del 11 de Enero de 1956

1.- ¿De qué modos se manifiesta la violencia en su país o lugar de residencia?

En primer lugar, me parece muy interesante la propuesta formulada en la pregunta, pues llama a abrir los ojos ante la violencia y sus avatares particulares para nuestros países en Latinoamérica. Uno podría pensar, al menos a primera vista, que la violencia es un acto atroz y, en ese sentido, dedicar sus esfuerzos a hacer referencia a las masacres, los asesinatos, los asesinos, los grupos que atentan contra el Estado, en fin, a las estadísticas que representan la frecuencia y la cantidad de muertes violentas, a la vez que velan lo siniestro, es decir esa violencia que se teje desde lugares que, por suponerse legítimos, estarían exentos de ser considerados agentes de violencia. En este orden de ideas, considero que una manera que me resulta indicativa de la forma en que se presenta hoy la violencia en Colombia, puede resumirse con el título de una publicación del sociólogo Charles Tilly: *Violencia Incitada por el Estado*. Tenemos de un lado,

entonces la violencia considerada como aquello que atenta contra la legitimidad y contra el pueblo, atribuible en el caso de Colombia a agentes al margen de la ley: delincuencia común, guerrillas y paramilitares, sobre lo cual se habla frecuentemente en los medios así que no me extenderé en ello. De otro lado, la violencia agenciada desde el lugar de la legitimidad, es decir, el Estado, algo en verdad un tanto encubierto. Ejemplo de ello, es el asesinato, por parte del Ejército Nacional, de campesinos tildados de “*guerrilleros*” y luego denominados por el Estado como: “*falsos positivos*”, es decir, que se trataba de asesinatos deliberados por parte de los militares que se encubrían inscribiendo a las víctimas en un signifiante que legitimara su acción y luego se reconocía el equívoco, lo cual no revive al muerto, y puede dejar siempre en cuestión su dignidad. De igual manera aparece la violencia a través de las instituciones que prestan servicios de salud a la ciudadanía y que deciden, de manera deliberada, no atender a aquellas personas que, aun llegando en estados críticos, son puestas a circular de un hospital a otro sin recibir atención alguna y finalmente encontrando la muerte. En Colombia este fenómeno se ha denominado “*el paseo de la muerte*”. Me parece que la forma en que la violencia se manifiesta en Colombia resulta en una serie de “intercambios”, de tránsito de culpabilidades y acusaciones, que implican la participación tanto de los entes legítimos como de los ilegítimos. Históricamente, la violencia ha estado ligada en Colombia a las luchas ideológicas. En los años 40 y 50, los conservadores y liberales se mataban, unos a otros, de maneras precisas que buscaban dejar una inscripción en el cuerpo: “corte franela”, “corte corbata”, etc. Hoy la ideología parece quedar un tanto de lado. Los candidatos cambian de partido de acuerdo con las conveniencias económicas o políticas, lo cual ha

llevado a una forma de violencia en apariencia menos atroz a los ojos pero igual de cruel, a saber, la corrupción del Estado, representada en decretos que, por ejemplo, ofertan apoyos económicos para el sector agrario y que son entregados a reinas de belleza, amigos políticos o, en cualquier caso, a todos menos a quienes en el sector agrario requerían el apoyo. Así, cuando esto se hizo público, el Estado se exculpa con tecnicismos que lo protegen sin asumir la responsabilidad de lo allí acontecido. Todo esto para citar sólo algunos ejemplos. Creo pues que la violencia en Colombia se manifiesta a través de una falsa oposición basada en la diada Estado/Terrorismo.

II.- ¿Cómo piensa Ud. esa violencia de la que es testigo desde el psicoanálisis?

En primer lugar me surge una inquietud a propósito de la pregunta, que podría enunciar de la siguiente manera: ¿qué significa ser “testigo desde el psicoanálisis”? Podría decir que, a mi manera de entender, se trata en buena medida de un testigo que está exhortado a hacer hablar aquello que desde el discurso común se intenta silenciar, velar. De ser esto acertado, pensar la violencia desde esa posición implica estar en la posibilidad de introducir el sinsentido allí donde todo aparece como una imagen unificada, clara, incluso “verdadera”. En segundo lugar, quisiera agregar que ser testigo desde el psicoanálisis se trataría, a mi manera de entender a Lacan (1956-57), de evitar la comprensión apresurada, es decir, que para hacer hablar y escuchar aquello que está silenciado, es propicio evitar apresurarse a explicar o responder desde el sentido y dejar que el sinsentido aflore. Ahora bien, ¿Cuáles son esos sinsentidos

que empiezan a hablar en la manera en que se presenta la violencia en Colombia? El discurso común dice: la violencia se explica por la pobreza!! Es decir que las hipótesis que explicarían la violencia normalmente aparecen ligadas a la necesidad. Esto es común incluso en las ciencias sociales, salvo pocas excepciones como por ejemplo los planteamientos de Álvaro Guzmán: “Una situación de pobreza no lleva mecánicamente a los pobres a cometer actos de violencia”. Su explicación se liga a lo instrumental, es decir, al crimen organizado, superando así la explicación por la necesidad lo cual abre otra puerta, es cierto, pero deja de lado la satisfacción subjetiva, la Otra satisfacción, aquella de la cual el psicoanálisis busca saber y que está ligada no sólo a la violencia como un medio para conseguir fines (instrumental), sino además a la pulsión y con ello, está más allá de la necesidad y de la razón, es decir, del hambre o la instrumentalidad como explicaciones posibles.

III.- ¿Vincula Ud. a la violencia con las pasiones del ser?

Creo que vincularía la violencia con dos vertientes. Por un lado con las pasiones derivadas de la ilusión de ser, antes que pasiones del ser, entendiendo que si al hablar del sujeto nos referimos a una falta en ser estructural, las pasiones derivarían no del ser propiamente sino de esa ilusión narcisística que reportaría la existencia de un ser y en cuyo caso el deseo de reconocimiento se convierte en algo primordial. Tan primordial que de no encontrar tal reconocimiento podría derivar en la agresión y la violencia. La identificación a un ideal del ser por ejemplo: comunista, neoliberalista, bolivariano, proletario, maestro, psicoanalista, o cualquier otra posible, estaría en esa vertiente y podría llevar al YO a estar

dispuesto a la violencia con tal de evitar la pérdida de esa imagen, de esa ilusión de ser. Ya Freud nos alertaba en *De Guerra y Muerte* y en *La Negación*, de esa confusión entre extranjero y enemigo, en la que el yo rechaza todo aquello que no acepta como propio y lo coloca en el otro, así que puede agredirse al otro bien sea porque representa algo que se rechaza de sí, o porque no entrega el reconocimiento narcisístico que el yo espera.

Pero, por otro lado, vincularía la violencia con la Otra satisfacción a la que hace referencia Lacan, es decir la que por vía del lenguaje se encuentra atada a la pulsión de muerte. Así, podríamos plantear que hay un goce particular de aquel sujeto que se inserta en un discurso del colectivo como el propio de los ejércitos, guerrillas, paramilitares, crimen organizado, etc. Significantes que brindan a cada sujeto un lugar para poner en marcha un goce que se ubica en a nivel del cuerpo: “eludiendo su responsabilidad subjetiva y permitiéndose el despliegue del goce en el embeleso del poder”. Ese goce supera la satisfacción de la necesidad, va más allá de que se cuente con techo, comida y cualquier otra forma de necesidad que el “buen Estado” considere fundamental. Supera también las finalidades instrumentales de la violencia, así que un sujeto al ya no encontrarse en las filas, como ocurre con los desvinculados del conflicto armado, extraña la satisfacción proporcionada por ese goce.

IV.- ¿Cuáles son los efectos que Ud. ubica en su clínica producto de la violencia social?

Pienso que la clínica nos da una vía fundamental para escuchar los efectos de lo que acontece en la cultura y la sociedad por vía de la experiencia del sujeto. En

ese sentido, diría que lo que surge como manifestación inicial en los sujetos es el silencio a propósito de la violencia social, como si ésta no existiese, como si sus vidas nada tuvieran que ver con ello. Podría decirse que la represión opera allí de manera importante. Quienes no son tocados directamente por la violencia no se cuentan dentro de la serie de la violencia y se constituyen en observadores, silenciosos, con la certidumbre de estar exentos, de estar protegidos. Pero ¿acaso es válido suponer que el silencio y la distancia que ubican al sujeto en la indiferencia frente a la violencia social, significa que no hay efectos sobre ellos? Creo que más bien la indiferencia habla de un “no querer saber de eso” que por demás implica que no hay quien se haga responsable de lo que acontece y que por lo tanto se espera, se fantasea, que el Estado o cualquier otro, tendrá que hacerse cargo. Me parece que hay allí un adormecimiento que da cuenta de una alienación, de una pasión por no querer saber del horror de lo familiar poniéndolo como lejano, cuestión que ya Freud indicaba en su texto *Lo Ominoso*.

De otro lado, están los sujetos que han sido tocados directamente por la violencia. Bien sea por haber participado en ella, o por haber sido sus “víctimas”: desplazados, secuestrados, familiares de secuestrados, etc. La cuestión aquí circula alrededor del horror propio del encuentro con ese real insoportable, a partir del cual el sujeto busca un saber hacer con eso. Una de las dificultades estriba en el trabajo con los familiares de los desaparecidos de los que no es posible la recuperación de los cuerpos, pues de allí deriva la sobre-investidura de la imagen del objeto ausente ante la falta de su soporte material. Este punto es crítico, pues no se trata de la aceptación consciente de la muerte del ser amado, sino que además de que no existe en lo inconsciente representación para la muerte, no hay

tampoco en estos casos un objeto sobre el cual poder hacer circular un duelo, pues la ausencia manifiesta en la excesiva presentificación del objeto en la fantasía, constituye la base de la negación de la muerte, a pesar de las pruebas que el Estado presente de ello: placas dentales para el reconocimiento y demás formas de las que hoy se dispone a través de la tecnología.

De otro lado, están aquellos jóvenes que se desvinculan de las filas de los grupos armados ilegales, bien sea porque son capturados por el ejército o porque deciden desmovilizarse por cuenta propia. Al ser recibidos por los programas del Estado, ingresan en la categoría de "*víctimas de la violencia*". Los programas asistenciales les entregan un sin número de beneficios, entre los cuales se cuentan: apoyo económico, resolución de trámites de documentos con trato especial y en menor tiempo que a la comunidad general, participación en programas de capacitación sin costo alguno, entre otros. No obstante, la primera pregunta que en estos sujetos surge cuando se les escucha es: "¿Pero por qué me tratan así?, si yo maté gente, yo he sido malo!". Una posición que llama una escucha de lo que el sujeto tiene allí como responsabilidad. Sin embargo, esta pregunta es respondida usualmente por las entidades del Estado con la insistencia en la desculpabilización, a través de la cual se deriva la responsabilidad a los grupos armados en los que estaban vinculados, lo cual silencia el sujeto y, como hemos visto, en una buena cantidad de casos los jóvenes no logran articularse a los programas, algunos retornan a los grupos, otros se dedican a la delincuencia común, otros encuentran salida en adicciones. Sin embargo, a partir de la reflexión realizada desde la mirada psicoanalítica se ha logrado que algunos centros que administran los programas, tomen la palabra de los sujetos y empiecen a construir

un saber hacer que permita el paso de estos jóvenes a la vida civil. La estrategia inicial consistió en dar un lugar a su palabra y la segunda en retirar los tratos especiales; todo ello con el ánimo de dignificar al sujeto y permitirle hacerse responsable de lo que le acontece para tratar de abrir un lugar para el deseo. La experiencia ha resultado en un incremento de la permanencia de los jóvenes en las ofertas del programa y poco a poco en la articulación a la vida civil. Muchos de ellos han encontrado formas de poner el goce que producía su participación en la guerra al servicio de una función social. Por ejemplo el caso de un joven que tenía importantes conocimientos en electricidad y que se dedicaba a la fabricación de dispositivos explosivos, encontró en la mecánica eléctrica un lugar para articularse a través su saber previo. En otras palabras, se trata de que el sujeto pueda enunciar aquello que desde la posición asistencialistas del Estado se pide que callen, desapareciéndolo como deseante, y que pueda a su vez articularse un deseo posible. Curiosamente resulta que la eficacia de las intervenciones ha comenzado a ser vista con desgano por las instituciones, ¿acaso por las implicaciones que tiene la acumulación económica basada en el fracaso de los programas y por lo tanto en el mantenimiento de un “negocio” basado, de manera indirecta, en la violencia?

V.- ¿Qué considera Ud. que podría aportar el psicoanálisis como solución (cura) al problema de la violencia?

Prefiero no atreverme a hablar de solución, mucho menos de cura. Creo que el hecho mismo de reconocer que la pulsión es propia del ser hablante, hace que el psicoanálisis entienda el no-todo como ley fundamental. En este sentido hay

siempre un resto con el que hay que tratar de saber hacer. Esto no quiere decir que el psicoanálisis no pueda aportar algo, de hecho, considero que es mucho lo que desde el psicoanálisis puede hacerse. Eso es lo que he tratado de mostrar con lo dicho acerca de las preguntas anteriores y que me parece guarda estrecha relación con la cita de Lacan que han usado como epígrafe. Abrir los ojos ante la disparatada realidad humana, realidad atravesada por el lenguaje que es a la vez muro contra el goce y aparato del goce.

Finalmente, deseo agradecer de manera especial su invitación a participar en la publicación de la Revista Borrromeo; invitación que me honra y a la cual espero poder aportar en algo con lo que aquí he expresado.